

## **Dr. Robert Vannoy , Samuels, Conferencia 4**

© 2011, Robert Vannoy y Ted Hildebrandt

Llegamos ahora al punto final de nuestra consideración del tema de la realeza y el pacto en 1 y 2 Samuel. Es decir, la realeza, tal como la practicó David, era una representación imperfecta, pero verdadera, del ideal del rey del pacto. Y como mencioné antes, encontramos el reinado de David descrito en el libro de 2 Samuel. Tras la muerte de Saúl al final de 1 Samuel, David fue inicialmente aclamado como rey por la tribu de Judá, sobre la cual reinó durante un tiempo en la ciudad sureña de Hebrón (2 Samuel 2:1-7). Posteriormente, fue aceptado como rey por las tribus restantes de Israel tras el fracaso del hijo de Saúl, Isboset , en perpetuar la dinastía de su padre entre las tribus del norte. Es en 2 Samuel 5 que David finalmente comienza su reinado sobre toda la nación. Leemos en el versículo 3 de 2 Samuel 5: «Cuando todos los ancianos de Israel vinieron al rey David en Hebrón, el rey hizo un pacto con ellos en Hebrón delante del Señor, y ungieron a David como rey sobre Israel.

Lo primero que menciona el narrador después de describir el comienzo del reinado de David sobre todo Israel es su captura de la fortaleza de Sión. En ese momento, Sión era una ciudad pequeña pero fuertemente fortificada habitada por los jebuseos . Estaba ubicada en la cresta sureste de lo que luego se convertiría en el monte del templo de Jerusalén. Desde un punto de vista político, Sión estaba idealmente situada para una nueva sede de gobierno. Estaba ubicada centralmente y no pertenecía ni a Judá, que era la tribu de David, ni a Benjamín, que era la tribu de Saúl, estando ubicada en la frontera entre los dos. Además, debido a que el sitio estaba rodeado por tres lados por profundos valles y estaba fuertemente fortificado, proporcionó a Israel una capital nacional casi inexpugnable. Aunque este logro de David se describe en solo unos pocos versículos (capítulo 5 versículos 6-10), su importancia no se puede exagerar. Este fue un acontecimiento de gran importancia porque, como capital de David, Sión no sólo se convertiría en el centro religioso y político de Israel, sino que con el tiempo llegaría a

ocupar un lugar muy importante en la historia tanto del judaísmo como del cristianismo y, de hecho, también en la historia mundial posterior.

2 Samuel 5 introduce al lector en una serie de narraciones que retratan el reinado de David en todo su esplendor, a la vez que revelan algunas de sus intrigas y complejidades. Encontramos estas narraciones desde 2 Samuel 5 hasta el final del libro, en el capítulo 24. 2 Samuel 6 y 7 abordan temas centrales de todo el libro de 1 y 2 Samuel. Como hemos señalado en análisis anteriores, la realeza y el pacto son los dos temas más importantes en 1 y 2 Samuel. Como también hemos señalado, cuando los ancianos de Israel pidieron un rey como las naciones vecinas en 1 Samuel 8, negaron el pacto y, en esencia, rechazaron al Señor, quien era su rey. Pero, cuando el Señor le ordenó a Samuel que le diera un rey al pueblo, lo hizo en el contexto de una renovación del pacto que establecía la monarquía de Israel en el contexto de la renovación de la lealtad a Yahvé y, al mismo tiempo, integraba la realeza humana en la estructura de la teocracia de una manera que proveía para el reconocimiento continuo de Yahvé como el Rey divino de Israel.

Analizamos esto particularmente en relación con 1 Samuel 11:14 a 12:25. De ahí en adelante, el rey humano en Israel debía ser un agente del gobierno de Yahvé sobre su pueblo. No debía ser un rey autónomo, como los de las naciones vecinas. Estaba obligado a obedecer los requisitos de la Ley Mosaica, así como las instrucciones de los profetas. Pero Saúl, el primer rey de Israel, resultó ser una decepción. No ejerció su cargo real de una manera que demostrara un continuo reconocimiento de Yahvé como el verdadero soberano de Israel. Desobedeció repetidamente la palabra del Señor dada a través del profeta Samuel. Cuando fue confrontado por su desobediencia, intentó justificar sus acciones, en lugar de reconocer su pecado. Esto condujo al rechazo de Saúl por parte del Señor y a la unción de David para reemplazarlo en el trono de Israel.

Ahora que David se ha convertido en gobernante de todo Israel, en 2 Samuel 6 se nos relata una decisión muy importante que tomó, estrechamente relacionada con el tema de la realeza y el pacto (el tema principal del libro). Se trata de la decisión de David de

traer el Arca de la Alianza a Jerusalén (Sión), su recién adquirida capital. Lo mencioné brevemente al principio de estas lecciones. Al traer el Arca a Jerusalén, David reconocía implícitamente que Yahvé era el Soberano divino de Israel. Permítanme mencionar brevemente el Arca de la Alianza. Cuando Dios dio a Moisés instrucciones para la construcción del tabernáculo, el Arca de la Alianza fue el primer componente que se describió. El Arca era una caja rectangular de madera recubierta de oro, de aproximadamente 1,2 metros por 7,5 metros por 7,5 metros. Debía colocarse tras una cortina en el Lugar Santísimo, al que el sumo sacerdote entraba solo una vez al año, el Día de la Expiación. El espacio sobre el Arca, entre los querubines, a cada extremo de su cubierta, era el punto focal de la morada de Dios entre Su pueblo. En Éxodo 25:22 se le dice a Moisés: "Me encontraré contigo allí" (este es Yahvé hablándole a Moisés); "Me encontraré contigo allí y te hablaré desde arriba del propiciatorio, entre los querubines de oro que se ciernen sobre el Arca del Pacto. Desde allí te daré mis mandatos para el pueblo de Israel". En 1 Samuel 4:4 y 2 Samuel 6:2, se hace referencia al Arca como el trono sobre el cual Yahvé está sentado invisiblemente. Usando una metáfora similar, 1 Crónicas 28:2 y Salmo 132:7 se refieren al arca como el escabel del trono de Yahvé. Moisés recibió instrucciones de depositar una copia de los Diez Mandamientos dentro del Arca. Entonces, entre las funciones simbólicas del Arca, dos de las más prominentes son las de contenedor y trono. Dado que el Arca era una caja que contenía una copia de la ley de Dios, quien estaba entronizado invisiblemente sobre ella, era un símbolo visible del reinado divino de Yahvé sobre su pueblo Israel. Así pues, al traer el Arca a Sión, David y el pueblo de Israel reconocían públicamente que Yahvé era su gran Rey.

Después de que David trajo el arca a Sión, esta ciudad llegó a ser reconocida como el lugar donde el Señor había hecho morar su Nombre, como se anticipó en Deuteronomio capítulo 12 versículos 5 y 11. Desde este punto en adelante, numerosos textos en el Antiguo Testamento hablan de Sión, no solo como la ciudad real de David y la capital de la nación de Israel, sino también como el lugar desde donde el divino Rey de Israel, Yahvé, reinó sobre toda la tierra. Salmo 9:11 - "Cantad alabanzas al Señor que

reina en Jerusalén". Salmo 76:2 - "Jerusalén es donde vive el Señor; el monte Sión es su hogar". Salmo 99:2 - "El Señor se sienta en majestad en Jerusalén, exaltado sobre todas las naciones". Salmo 132:13 - "Porque el Señor ha elegido a Jerusalén; la ha deseado como su hogar". Isaías 8:18 – “Somos señales y símbolos en Israel del Señor Todopoderoso, que mora en el monte Sión.” Jeremías 8:19 – “Escuchen el llanto de mi pueblo; se oye por toda la tierra. “¿Ha abandonado el Señor a Jerusalén?”, pregunta el pueblo, “¿Ya no está nuestro Rey?”. Según la enseñanza bíblica, Sión, Jerusalén, morada de Yahvé, el Rey divino de Israel, seguirá siendo un punto focal de la historia humana hasta la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra, y hay muchos textos que hablan del papel de Jerusalén en el desarrollo de la historia redentora.

Así, mientras que en 2 Samuel 6, David honró al Señor al afirmar su reinado sobre la nación de forma muy visible y tangible al traer el Arca a Jerusalén, en el siguiente capítulo, 2 Samuel 7, encontramos que el Señor correspondió y honró a David prometiéndole una dinastía eterna. 2 Samuel 7 es, de hecho, el punto culminante de todo el libro de 1 y 2 Samuel. Aquí vemos que la línea de la descendencia prometida, que se extiende desde Abraham hasta Judá, se estrecha y se agudiza. Aquí aprendemos que la descendencia de la mujer, mencionada en Génesis 3:15, que finalmente aplastaría la cabeza de la serpiente, provendrá del linaje real de David. David es quien será el antepasado del gran Mesías Rey que vendrá. Esta promesa, por supuesto, se cumple finalmente en Cristo. Reflexionando sobre la promesa del Señor a David, descrita en detalle en 2 Samuel 7, el Señor dice en el Salmo 89:3 y siguientes (y no voy a leer todo eso, pero sí algunos versículos). Hay una recapitulación de la promesa que el Señor le hizo a David en 2 Samuel 7, donde el Señor dice: «He hecho un pacto con mi elegido, he jurado a David, mi siervo: “Estableceré tu descendencia para siempre y afirmaré tu trono por todas las generaciones”... He encontrado a David, mi siervo; lo he ungido con mi aceite sagrado. Mi mano lo sostendrá; ciertamente mi brazo lo fortalecerá... Mantendré mi amor por él para siempre, mi pacto con él nunca fallará. Estableceré su descendencia para siempre, su trono mientras perduren los cielos. Si sus hijos abandonan mi ley y no

siguen mis estatutos, si violan mis decretos y no cumplen mis mandamientos, castigaré su pecado con vara, su iniquidad con azotes; pero no le quitaré mi amor, ni traicionaré jamás mi fidelidad. No violaré mi pacto ni alteraré lo que mis labios han pronunciado. De una vez por todas, he jurado por mi santidad, y no mentiré a David...» que su linaje continuará para siempre y su trono perdurará delante de mí como el sol; será establecido para siempre como la luna, el testigo fiel en el cielo ». En el Nuevo Testamento, encontramos que Jesús nace como el Hijo de David, el hijo de Abraham (Mateo 1:1). El ángel Gabriel le dijo a María que su hijo se sentaría en el trono de su padre David (Lucas 1:32 y 33). Dos ciegos, sentados junto al camino, se dirigen a Jesús en Mateo 20, versículo 30, como el Hijo de David. “Señor, ten misericordia de nosotros”, dijeron, “Hijo de David”. Jesús dice de sí mismo: “Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana”.

Cabe señalar, sin embargo, que en la descripción bíblica de David, lo más significativo no son tanto sus logros ni sus cualidades como líder, sino los propósitos de Dios que debían cumplirse a través de él. Por esta razón, David no es idealizado. No se le coloca en un pedestal. Sus debilidades son evidentes, no se ocultan ni se disimulan. El fracaso más conocido, pero de ninguna manera el único, de David fue su participación en adulterio con Betsabé y el asesinato de su esposo, Urías. En este incidente, descrito en 2 Samuel 11:2-12:25, David repentinamente comenzó a ejercer como un rey como todas las demás naciones, que se apropiaban de su pueblo para satisfacer sus propios deseos. Recuerde la descripción de esto en 1 Samuel 8. De repente, David se vio por encima de la ley y se convirtió en una ley para sí mismo, en lugar de comportarse como un rey sumiso a la ley del Señor y a las palabras de los profetas. De repente, David actuó de maneras inconsistentes con el comportamiento de un verdadero rey del pacto. La última frase del capítulo 11, que dice, "el Señor estaba disgustado con lo que David había hecho", conduce directamente a la primera línea del capítulo 12, que dice, "Entonces el Señor envió al profeta Natán para contarle a David esta historia". La yuxtaposición de estas dos cláusulas, "el Señor estaba disgustado con lo que David había hecho" y "el Señor envió al

profeta Natán para contarle a David esta historia", es el eje sobre el cual la narrativa se mueve de una descripción de los pecados de David que encontramos en el capítulo 11 a la descripción del llamado del Señor a David para rendir cuentas, que encontramos en el capítulo 12. Natán fue el mismo profeta que le había dicho a David que su dinastía perduraría para siempre (en el capítulo 7). Ahora, sin embargo, en 2 Samuel 12, le trae a David un mensaje radicalmente diferente. Era el deber de Natán confrontar a David con la enormidad de sus pecados y luego anunciarle las graves consecuencias que su pecado traería a la vida de su familia y de la corte. En el centro de la reprimenda de Natán, establece un contraste entre las obras de gracia del Señor hacia David, descritas en los versículos 7 y 8: «Te ungué, te salvé, te di, te habría dado mucho más»; un contraste entre sus obras de gracia y el incumplimiento de David de sus responsabilidades del pacto en 12:9: «Has menospreciado la palabra del Señor». Los pecados de David se designan como asesinato y el robo de la esposa de otro hombre (versículo 9b). Debido a estos pecados, David sufrirá un triple castigo. Primero, la espada afligirá a su familia tal como la había infligido a Urías (versículos 9 y 10). Segundo, la insurrección surgirá dentro de su propia casa (versículo 11a). Y tercero, sus esposas serán humilladas públicamente por otro hombre, tal como él había humillado a Urías en privado (versículos 11b y 12).

Las narraciones subsiguientes en 2 Samuel y los primeros capítulos de 1 Reyes incluyen descripciones del cumplimiento de estos castigos. Al escuchar la acusación de Natán, David respondió de inmediato con palabras de arrepentimiento y contrición. Dijo en el versículo 13: «He pecado contra el Señor». Si observamos eso en el texto hebreo, así como Natán solo pronunció dos palabras en el texto hebreo cuando le dijo a David: «Tú eres ese hombre», David también pronuncia solo dos palabras en el texto hebreo cuando confiesa su culpa. Estas dos breves declaraciones encarnan la esencia de la dinámica de toda la unidad narrativa. Como señala Ariel Simon, «El 'Tú eres ese hombre' de Natán y la respuesta de David: 'He pecado contra el Señor' derivan su fuerza de su brevedad por excelencia». La confesión de David fue completa, sin reservas e inequívoca. «He pecado». En contraste, recordamos a Saúl, quien intentó eludir la

responsabilidad y justificar su comportamiento pecaminoso cuando fue confrontado por Samuel. David asumió plena responsabilidad por sus actos pecaminosos. Del Salmo 32:3 y 4, parece que sus pecados no confesados habían pesado mucho en su espíritu. Allí dice: “Mientras callé, mis huesos se consumieron en mi gemir todo el día. Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí. Mis fuerzas se debilitaban como en el calor del verano ”. Así que estaba listo para arrepentirse. Su reconocimiento de que su pecado era contra el Señor: “Contra ti, y solo contra ti he pecado. He hecho lo que es malo ante tus ojos” (Salmo 51:4) no pretende negar ninguna ofensa contra Urías y Betsabé y, por extensión, contra toda la nación de Israel, sino más bien, es un reconocimiento de que todo pecado es, en primera instancia, una violación de la ley de Dios. En su raíz, el pecado de David fue exactamente como lo había descrito Natán. Fue un “menosprecio de la palabra del Señor” (versículo 9). En este caso, la Palabra del Señor era la Ley Mosaica, que el rey de Israel debía leer todos los días de su vida, para que aprendiera a temer al Señor guardando todas las palabras de estas instrucciones y decretos (Deuteronomio 17:19) en la ley del Rey. Como hemos señalado, el verdadero rey del pacto no estaba por encima de la ley ni era una ley para sí mismo. Estaba obligado a honrar la ley del Señor, al igual que cualquier otro israelita.

En la descripción más completa de la confesión de David, que se encuentra en el Salmo 51, David pide al Señor que tenga misericordia de él y que borre la mancha de sus pecados, que lo limpie de su culpa y lo purifique de su pecado (Salmos 51:1-2). Luego le suplicó al Señor que no lo desterrara de su presencia ni le quitara su Espíritu Santo (Salmos 51:11). La formulación de esta última petición parece reflejar la profunda conciencia de David de que estas cosas eran exactamente lo que el Señor le había hecho a Saúl. En 1 Samuel 16:1 y 14, el Espíritu del Señor se había apartado de Saúl y un espíritu maligno de parte del Señor lo atormentaba. Su petición, por lo tanto, fue una apelación directa a la promesa de Dios de que, a diferencia de la casa de Saúl, su propia dinastía no sería desechada, sino que perduraría para siempre, según la promesa de 2 Samuel 7. Ante la concesión del Señor a la petición de David, la respuesta de Natán, “Sí, pero el Señor te

ha perdonado y no morirás por este pecado”, también debe verse como más arraigada en esta promesa de pacto de gracia de Dios a David que en el espíritu de arrepentimiento de David, por importante que fuera.

Hay algo a la vez inquietante y tranquilizador en esta narración. A nivel personal, ofrece uno de los recordatorios más vívidos de las Escrituras: todos los seres humanos, sin importar cuán elevados sean sus estatus a los ojos de quienes los rodean, sin importar el llamado especial que hayan recibido del Señor, siguen siendo criaturas caídas y capaces de las iniquidades más inimaginables.

Es por esta razón que la Biblia nos anima a depositar nuestra confianza en el Señor antes que en los seres humanos. Salmo 118:8: «Es mejor refugiarse en el Señor que confiar en el hombre». Salmo 146:3: «No pongan su confianza en príncipes, ni en hombres mortales que no pueden salvar». Los seres humanos siempre decepcionarán, pero el Señor nunca fallará a quienes son suyos. Ninguno de los héroes de la Biblia es retratado como un santo sin pecado, incluyendo a los más piadosos gobernantes de Israel en el período del Antiguo Testamento.

Sin embargo, frente a la pecaminosidad humana, esta narración también retrata a un Dios que no solo interviene misericordiosamente en la vida de David para confrontarlo con su pecado, sino que también le perdona la vida y le da otro hijo que llevaría adelante la línea de la promesa. Así, a pesar de la inquietante realidad de la pecaminosidad humana, que se muestra tan plenamente en esta narración, es, al mismo tiempo, una narración llena de la seguridad de la gracia. Así como en el Jardín del Edén el Señor persiguió a Adán y Eva después de que desobedecieron el mandamiento de prueba y los confrontaron con su pecado, en esta ocasión el Señor no permitió que David pensara que sus malas acciones estaban ocultas al escrutinio divino. Así como en el Jardín del Edén la búsqueda de Dios por Adán y Eva no estuvo condicionada a su arrepentimiento previo, en el caso de David, el Señor tomó la iniciativa. Le envió a Samuel para confrontarlo y llevarlo al arrepentimiento, aunque el perdón de Dios a David no lo eximió de las consecuencias de su pecado.

El Dr. Davis dijo: «Yahvé perdona la culpa del pecado, pero impone sus consecuencias. Limpia la contaminación del pecado, pero puede continuar su disciplina». Y creo que eso es lo que sucede en el caso de David. Dios se mostró fiel a su promesa de preservar su casa, y como David declaró más tarde, el Señor continuó siendo su refugio (Salmo 32:7) y aquel cuyo amor inagotable lo rodeó, sin importar cuán difíciles fueran las experiencias de su vida.

Hacia el final de 2 Samuel, en el capítulo 22, encontramos un cántico de David, y creo que este cántico podría titularse apropiadamente "Cántico de David en alabanza del Reino de Dios". Este notable cántico de 51 versos sitúa algunos de los temas centrales de 1 y 2 Samuel en una perspectiva teológica. Entre otras cosas, en 2 Samuel 22 se encuentra una firme afirmación de David, como Rey ungido de Israel, de que seguía reconociendo a Yahvé como su Soberano supremo y el de Israel. Cuando David dice en el versículo 29 que "el Señor es la lámpara que alumbra sus tinieblas", el lector recuerda que en el capítulo anterior, el capítulo 21, sus guerreros se refirieron a David como la lámpara de Israel. Esto se encuentra en 2 Samuel 21:17. Una comparación de estas dos declaraciones sugiere que David comprendía que cualquier luz que su vida proyectara era solo un reflejo. No tenía luz que dar en sí mismo. Fue la luz de Israel solo en la medida en que su propia vida y reinado reflejaron algo de la luz de Yahvé. Aunque Yahvé no se menciona en el cántico con el término "Rey", específicamente, la soberanía divina universal y la sincera afirmación de David de ella y su alabanza a Dios por ella son el tema dominante.

Una pregunta que ha llamado mucho la atención en el estudio de los libros de 1 y 2 Samuel, es por qué el Señor quitó a Saúl del trono por desobedecer la palabra del profeta Samuel (como hemos visto en 1 Samuel 13 y 15), cuando David, quien también pecó gravemente en el caso de Urías y Betsabé, fue perdonado (2 Samuel 12) y recibió la promesa de que su dinastía perduraría para siempre (2 Samuel 7). Creo que la respuesta a esta pregunta se encuentra en esta canción. En los versículos 21 al 27 de 2 Samuel 22, David dice dos veces que el Señor lo recompensó por hacer lo correcto (versículos 21 y

25). En el versículo 21, leemos: "El Señor me ha tratado conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado". En el versículo 25, "El Señor me ha recompensado conforme a mi justicia, conforme a mi limpieza ante sus ojos". David también afirma que siguió las leyes del Señor y nunca abandonó sus decretos (versículo 23), y por lo tanto era "irreprensible ante Dios" (versículo 24). Continúa diciendo que el Señor se muestra fiel a los que son fieles y puro a los que son puros, pero a los malvados se muestra hostil (versículos 26-27). Además, dice que el Señor rescata a los humildes pero humilla a los orgullosos (versículo 28). Estas declaraciones se hacen inmediatamente después de que David ha descrito en el vívido lenguaje de la teofanía (versículos 8 al 16), cómo el Señor lo rescató de la agonía de la muerte. Su crisis, que él describe como la agonía de la muerte, se describe en los versículos 5-7, y luego más adelante en 17-20. Podría leer solo algunos de esos versículos. En el versículo 5, "Las olas de la muerte se arremolinaron a mi alrededor; los tormentos de la destrucción me abrumaron. Las cuerdas del sepulcro se enroscaron a mi alrededor; las miradas de la muerte me enfrentaron". En el versículo 17, "Él extendió su mano desde lo alto, me tomó, me sacó de las aguas profundas. Me libró de mi poderoso enemigo, de mis adversarios que eran demasiado fuertes para mí", y así sucesivamente. Hay una descripción extensa de este rescate de la agonía de la muerte. La razón por la que el Señor lo rescató se declara en el versículo 20: fue porque el Señor se deleitó en él. Leen en el versículo 20: «Me sacó a un lugar espacioso; me rescató porque se deleitó en mí». Y la razón por la que el Señor se deleitó en él fue porque hizo lo correcto. O, «El Señor me trató conforme a mi justicia» (versículos 21 y 25) que mencioné hace un minuto. «El Señor me ha tratado conforme a mi justicia» (versículo 21 en la traducción NVI). Versículo 25: «El Señor me ha recompensado conforme a mi justicia, conforme a mi limpieza ante sus ojos». Así que, la razón por la que el Señor se deleitó en él fue porque hizo lo correcto (versículos 21 y 25), fue fiel (versículo 26), fue puro (versículo 27), humilde (versículo 28) en lugar de orgulloso (versículo 28) o malvado (la NVI dice «perverso» en el versículo 27).

En el contexto, parece que David usa estas categorías para distinguirse de Saúl. El Señor rescató al humilde (es decir, a sí mismo), pero humilló al orgulloso (es decir, a Saúl). Parece que el rescate del que habla David aquí (versículos 5 al 7, 17 al 20) es su rescate de la mano de Saúl, quien había intentado matarlo en numerosas ocasiones. Repasamos numerosas narraciones en 2 Samuel, donde Saúl intenta quitarle la vida a David. Creo que también queda claro que David no afirma ser perfecto sin pecado. Tampoco hace declaraciones orgullosas ni autocomplacientes. Más bien, simplemente dice con humildad que, a diferencia de Saúl, su estilo de vida demostraba que su deseo más profundo era andar en el camino de la fidelidad al pacto.

Entonces, ¿por qué el Señor perdonó a David por su pecado, pero destituyó a Saúl por el suyo? Creo que fue porque, a pesar de sus fracasos, el corazón de David era recto hacia el Señor. Y cuando pecó, se arrepintió rotundamente y buscó el perdón del Señor. En cambio, cuando Saúl pecó, en lugar de inclinarse ante el Señor y el profeta Samuel con verdadera humildad y contrición, buscó maneras de explicar y justificar su conducta pecaminosa. Creo que es útil ver cómo esta importante sección del salmo de David se conecta con lo que precede en 1 y 2 Samuel. En este contexto más amplio, parece claro que el autor del libro ha colocado este cántico de David en este lugar particular de lo que a menudo se llama la conclusión de Samuel (capítulos 21-24) para destacar el claro contraste que se encuentra entre Saúl y David. Fue gracias a Saúl que el Señor rescató a David del peligro mortal. Saúl había rechazado al Señor, y por esta razón el Señor lo había rechazado a él. A diferencia de Saúl, a pesar de sus graves pecados, David aún podía legítimamente afirmar su lealtad a Yahvé. Creo que esto es lo que David quiere decir con sus declaraciones sobre hacer lo correcto en los versículos 21 y 25, y guardar los caminos del Señor en el versículo 22, etc. En general, es apropiado decir que la vida de David se caracterizó por la fidelidad al pacto. Y este hecho crucial diferenció su reinado y su estilo de vida de los de Saúl de maneras claramente perceptibles.

Cuando David, por ejemplo, afirma ser «irreprensible» ante Dios (versículo 24), esto no debe entenderse como una afirmación de perfección moral, sino como una

afirmación de fidelidad al pacto. Cuando David afirma en el versículo 24b que se había mantenido alejado del pecado, Juan Calvino comenta: «El verbo que usa no denota una sola caída, sino una deserción que aleja y aleja por completo al hombre de Dios. David, es cierto, a veces cayó en pecado por la debilidad de la carne, pero nunca desistió de seguir la piedad ni abandonó el servicio del que Dios lo había llamado».

Gert Kwakkel , en un volumen titulado *Según mi justicia: La conducta recta como fundamento de la liberación en los Salmos 7, 17, 18, 26 y 44* (y podría decir que el Salmo 18 es básicamente el mismo que 2 Samuel 22 - son dos versiones diferentes del mismo salmo) - pero Kwakkel llama la atención sobre una declaración de Moisés en Deuteronomio 18:13 de que los israelitas deben "ser irreprochables ante el Señor su Dios", donde la expresión en el texto hebreo es la misma que la afirmación de David en 2 Samuel 22:24 cuando dice que era irreprochable ante el Señor su Dios. Y Kwakkel señala que, en su contexto en Deuteronomio 18:13, esa declaración implica que uno no se involucra en adivinación, hechicería, brujería y similares, sino, por el contrario, que uno da evidencia de lealtad a Yahvé al escuchar lo que revelará sobre el futuro a través de la palabra de sus profetas. Si recuerdan ese pasaje de Deuteronomio 18, la pregunta es: ¿de dónde obtendrá Israel una palabra del Señor cuando Moisés ya no esté? Y Moisés dice: «No la obtendrán recurriendo a adivinos ni adivinos. El Señor les levantará un profeta. A él deben escuchar y obedecer». Así que, cuando Moisés dice que los israelitas deben ser irreprochables ante el Señor, implica con eso que no deben recurrir a la adivinación, la hechicería ni la brujería, sino escuchar la palabra del profeta.

Se encuentra que esto tiene relevancia aquí para el contraste entre David y Saúl, porque Saúl sí se involucró en brujería y no escuchó las palabras del profeta Samuel, mientras que el Antiguo Testamento no contiene registro de que David haya participado alguna vez en adoración falsa y proporciona numerosos ejemplos de su respuesta obediente a las instrucciones y correcciones de los profetas que el Señor le envió. Incluso si uno pudiera cuestionar justificadamente si los matices de ser irreprochable en 2 Samuel 22:24 son idénticos a los de Deuteronomio 18:13, dados sus diferentes contextos, parece

que aún sería legítimo concluir, como lo hace Kwakkel , que ser irreprochable "estaba evidentemente relacionado con la aceptación de los mandamientos de Yahvé como la directriz decisiva para su vida". Eso es lo que David, en esencia, afirma con esa declaración de que era irreprochable ante el Señor. David podía legítimamente hacer esa afirmación. Saúl no.

Una cuestión secundaria que surge en relación con la obediencia de David, en contraste con la desobediencia de Saúl, es si la obediencia de David mereció el favor divino de la misma manera que la de Saúl mereció el juicio de Dios. Creo que aquí queda clara la diferencia. Es necesario hacer una distinción. Si bien la desobediencia de Saúl ciertamente mereció el juicio que recibió, la obediencia de David distó mucho de ser perfecta y, por lo tanto, incapaz de merecer el favor de Dios. Sin embargo, esta conclusión no significa que la obediencia de David fuera insignificante o irrelevante en relación con su papel en el cumplimiento de los propósitos redentores de Dios. De hecho, es sorprendente que haya declaraciones en 1 Reyes que parecen sugerir que David recibió la promesa de esta dinastía perdurable precisamente debido a su obediencia. 1 Reyes 6:3: «Mostraste fiel amor a tu siervo, mi padre David». ¿Por qué? —“porque fue honesto, leal y fiel contigo.” 1 Reyes 15:4 y 5 —“Pero por amor a David, el Señor su Dios le dio una lámpara en Jerusalén para levantar un hijo después de él y para establecer a Jerusalén.” ¿Por qué? “porque David hizo lo recto ante los ojos del Señor y no se desvió de nada de lo que le había ordenado en toda su vida, excepto en el caso de Urías el hitita.”

Una situación similar existe con el pacto de promesa que Dios hizo con Abraham, donde también hay textos que plantean la cuestión de la relación entre la obediencia de Abraham y la promulgación de las promesas que el Señor le había dado. En Génesis 22:15 al 18, después de que Abraham mostró su disposición a obedecer al Señor al quitarle la vida a Isaac y el Señor intervino y le proporcionó un carnero, el ángel del Señor se le acerca y le dice: «Esto dice el Señor: porque me has obedecido y no me has negado a tu hijo, tu único hijo, juro por mi nombre que ciertamente te bendeciré. Multiplicaré tu descendencia incontablemente, como las estrellas del cielo y la arena a la

orilla del mar. Tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos». Y esta importante promesa: «Por medio de tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra». ¿Por qué? «Todo porque me has obedecido». Génesis 26:4 y 5: esta promesa se le repite a Isaac y allí leemos: «Haré que tu descendencia sea tan numerosa como las estrellas del cielo. Les daré todas estas tierras, y a través de tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra». ¿Por qué haré esto? «Porque Abraham me escuchó y obedeció todos mis requisitos, mandatos, decretos e instrucciones». Y entonces uno se detiene y se pregunta: ¿Esa promesa a Abraham: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra...», que según Pablo es el evangelio predicado previamente a Abraham en Gálatas, está condicionada a la obediencia de Abraham?

Aunque no hay tiempo suficiente para un análisis exhaustivo de las implicaciones de estas declaraciones, creo que, considerando todos los aspectos, parece claro que la conclusión es: Dios tuvo en cuenta la obediencia de Abraham y David para la promulgación de las promesas que les hizo. No en el sentido de una causa eficiente ni de una recompensa meritosa, ciertamente no. Sino en el sentido de un medio divinamente ordenado para la administración de la promesa. Fue Dios quien obró en Abraham y David el querer y el hacer su buena voluntad, de modo que su obediencia fue fruto de la gracia de Dios que operaba en sus vidas. Génesis 18:18 y 19 habla de Abraham: «Seguramente llegará a ser una nación grande y poderosa, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas por medio de él». ¿Por qué? “‘Porque lo he elegido’, dice el Señor, ‘para que guíe a sus hijos y a su casa después de él a seguir el camino del Señor, haciendo lo que es recto y justo’”, de modo que, o con el resultado de que “‘el Señor cumplirá para Abraham lo que le ha prometido’”.

Este es el mismo principio de Efesios 2:8-10: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; no de vosotros mismos, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. Así pues, la obediencia de Abraham y David, si bien no merecía la recompensa de la promesa, estaba, sin embargo,

intrínsecamente ligada a la administración de la promesa. Y la elección de Dios de Abraham y David como instrumentos de sus propósitos redentores no excluyó su respuesta de fe y obediencia en el sentido de obviar la importancia de esa respuesta, sino que la incluyó, como un acompañamiento inevitable de la obra de la gracia divina en sus vidas. Creo que esto significa, por supuesto, que, en última instancia, el favor de David ante Yahvé residía en la elección soberana que Yahvé hizo de David para que fuera un hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:22). En cuanto al lugar de David en el drama de la historia redentora, encontramos que, si bien encarnó el ideal del verdadero rey de la alianza como ni Saúl ni ningún otro rey israelita después de él lo hicieron, su reinado fue, sin embargo, imperfecto. En el mejor de los casos, pronosticó el reinado del gran futuro papel mesiánico, que establecerá un reino en el que la paz y la justicia sean plenas y completas.

A medida que los fracasos de David se multiplicaban y expandían por quienes lo sucedían en el trono de Israel durante el período del Antiguo Testamento, los profetas comenzaron a señalar al rey que vendría del linaje de David y que sería conocido como un "renuevo justo" (Jeremías 23:5). Este rey sería una persona que no solo reinaría con sabiduría y haría lo que es justo y correcto (Jeremías 23:5), sino que sería una persona conocida por el extraordinario título: "El Señor es nuestra justicia" (Jeremías 23:6). Lo que Jeremías anticipó aquí, pero no explicó completamente, es que el Hijo mayor de David haría algo que superaría con creces lo que cualquier gobernante humano podría esperar lograr. Sería un rey que no solo sería sin pecado, sino que, al expiar los pecados de otros, extendería su justicia a aquellos sobre quienes gobernaba. Su nombre sería Jesús porque salvaría a su pueblo de sus pecados. Se sentaría en el trono de su padre David; Su reino no tendrá fin. Por lo tanto, en general, se puede decir que David procuró gobernar como Dios dispuso que gobernara el trono de Israel. Se esforzó por modelar su reinado según los requisitos del Libro de la Ley; sirvió al Señor como rey con todo su corazón. Su reinado se resume en 2 Samuel 8:15 describe a David como un rey que "hizo lo justo y lo recto para todo su pueblo". Este versículo describe todo el reinado de David en una sola

frase. En esta declaración general, pero significativa, el narrador describe a David como un gobernante que exhibió las cualidades que el Señor deseaba para todo su pueblo (hacer lo justo y lo recto), pero, más específicamente, como una persona que poseía las cualidades esenciales para alguien con autoridad real. Hacer lo justo y lo recto significaba obedecer los requisitos del Pacto Mosaico.

Si lees Ezequiel 18, versículos 5 y 9, dice: «Supongamos que hay un hombre justo que practica la justicia y la rectitud. Sigue mis decretos y guarda fielmente mis leyes. Ese hombre es justo y ciertamente vivirá —declara el Señor soberano— ». Al hablar del gran rey mesiánico del futuro, Isaías dice: «El retoño que saldrá del tronco de la familia de David» (Isaías 1:11) «juzgará a los necesitados con justicia y a los pobres con derecho. Practiquen la justicia y la rectitud». Como mencionamos antes, Jeremías dice: «El renuevo justo que se sentará en el trono de David será un rey que practicará la justicia y el derecho. Vienen días —declara el Señor— en que levantaré a David un renuevo justo, un rey que reinará con sabiduría y practicará la justicia y el derecho en la tierra. En sus días, Judá será salvo e Israel vivirá seguro. Este será su nombre: el Señor, justicia nuestra». De hecho, él está practicando la justicia y el derecho. Estas son las mismas cualidades que caracterizan el gobierno de Dios sobre todas sus criaturas, y hay muchos textos que lo demuestran. En Salmos 89:14 y 97:2, se encuentra la declaración que habla de la justicia y el derecho como los cimientos del trono de Dios. Así pues, esta breve pero contundente declaración (2 Samuel 8:15) de que el reinado de David se caracteriza por su conducta justa y correcta nos dice que, a pesar de las caídas y los fracasos asociados con su vida, su reinado exhibió algo del carácter del propio reinado de Dios. A diferencia de Saúl, David fue un verdadero, aunque imperfecto, representante del ideal del rey del pacto. Escalion Keyes ha señalado que existen numerosas referencias a David en 1 y 2 Reyes que hablan de su conducta justa. Se dice de él que hizo lo recto ante los ojos del Señor en numerosos textos, que guardó los estatutos y mandamientos de Yahvé, que fue recto de corazón, que fue justo, que fue fiel, que fue completamente leal a Yahvé, que siguió a Yahvé con todo su corazón, que anduvo en integridad de corazón, que anduvo en

los caminos de Yahvé - expresiones de este tipo que caracterizan el reinado de David y lo establecen como el modelo que otros reyes de Israel debían seguir.

Así pues, aquí, en 1 y 2 Samuel, encontramos esta historia sobre el establecimiento de la realeza en Israel. El establecimiento de la realeza en Israel anticipa y proporciona el marco organizativo para algo mayor que estaba por venir: el Mesías, el rey de toda la tierra. A partir de entonces, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la realeza y la expectativa mesiánica se convierten en un elemento central en el desarrollo de los propósitos redentores de Dios. Todo esto comienza a tomar forma en 1 y 2 Samuel.  
Gracias.

Transcrito por Emily Wilson, Jana McPheeters , Grace Northgraves , Shakia Artson,  
Faith Bartl , Faith Gerdes y editado por Lindsey Van Doren  
Editado por Ted Hildebrandt